

DE LA CREACION GOZOSA

DE todos las lecciones que encierra en dádiva generosa la obra de Figari, queremos extraer, después de las anteriores, una lección viva que hemos llamado: "De la creación gozosa".

¿Qué separa la obra del artista de toda la otra obra humana que rinde un tiempo su utilidad, y se contra después sin remedio, en las sombras del olvido? Entre muchos perfiles diferenciales, está el que glosaremos hoy, de entregar toda su verdad —línea, sonido, palabra, perfil— dentro de un clima de alto y sublimado goce.

En realidad cualquier creación del hombre —artística o utilitaria— lo conduce de inmediato a las zonas del vivo placer intelectual. El que corta el erguido tronco del árbol para hacer una viga o un mueble; el que pule el metal, y lo amansa para engranarlo en la máquina; el que levanta las estibas, mezcla en el laboratorio, persigue y mezcla dentro de ese favorable espíritu gozoso y alentador. No de los signos de la gran tristeza humana que nos envuelve, fué ese de robarle al obrero, por vías del trabajo mecanizado, su modesto pero vital goce creador. La faena humana que debe ser limpia de explotación y se la substraiga del terreno de una injusticia persistente, deberá dar antes que la ganancia, el goce. Será la hora de la dignificación del trabajo, recuperado por las vías vocacionales en una sociedad armónica que debe levantarse mañana, sobre los ruinos del presente.

Pero el trabajo artístico tiene, además de ese goce primario del que hace algo con sus manos y su espíritu en total acuerdo, el alto goce, dominador y absorbente, que surge del ámbito de su propia creación. Hay un momento de gracia en ese nacer de la cosa soñada; algo que no depende del propio esfuerzo y de la propia capacidad; algo que, como el nacer de toda vida rasga la entraña materna; algo que toca el misterio, y que esa palabra tan mal usada, inspiración, pretende amparar en su ya resplandecido significado. Dentro de la región n. de inspiración, crece siempre el artista: lo sabe, o no lo sabe. Si la humildad es mucha, el creador da la obra con la total inocencia de su génesis. Si analiza y mira hacia adentro, se encontrará con un montón de pre-

guntas que no sabrá responder.

En todo proceso intelectual, la mente sabe lo que persigue y como lo persigue. El artista sabe —no muy precisamente a veces— lo que persigue. Como lo persigue quizás no sepa decirlo. Porque la ordenación de un cuadro, de una sinfonía, de un poema, de una cántica, si atienden a una primera exigencia del espíritu, se llenan de virtudes cuyo nacimiento el propio creador es incapaz de definir. ¿Por qué tal gama colorista, tal sonoridad, tal juego de imágenes, tal eufonía plástica? Cuando la llama genial se desliza en el propósito creador el misterio acerca para cubrir de velos el nacimiento de la obra inmortal.

Es ese estado privilegiado de un absorbente y arrobador goce interior, el que es privilegio de la creación estética. ¿Qué puede enturbiarlo? Vayamos, como hemos visto, a la creación de las grandes épocas creadoras, con la pasada época de pobreza artística. Aquí un signo de lentitud y de pesadecé empezó por denunciar el desvío creador. A las épocas opulentas, en desborde y plenitud creadora, sucedió una época de abatimiento, de pobreza, de parvedad de obra, entregada en el farrago de críticas y manifiestos. Un solo cuadro que la crítica esperaba ansiosa para pesar progreso o estancamiento. Un cuadro que nunca era grande, ni tampoco insistía en el asunto difícil. Y el artista, ante las palabras de juicio, triunfo o retroceso, afirmaba su audaz concepción, o prometía tomar por más extravagante camino para dar su nueva obra.

No fueron así las grandes épocas del arte, adheridas a la vida. No fué así Grecia, poblando de templos y de dioses de mármol todos los ámbitos públicos. No fué así la Edad Media, cargando de ornatos todas las cosas de la adoración, y a su semejanza, las sencillas cosas humanas. No fué así el Renacimiento, magnífico y suntuoso en su comercio de grandes señores y hazñas hispanas. Tampoco fué así la época moderna, donde la creación personal y abnegada inundó los talleres de telas, alentando una directa expresión de la vida. Pero en llegando a los días llamados de vanguardia, después de la presencia asustadiza de los "fauves", empezó el ritmo de la producción ar-

tística o volverse escaso, avaro, encogido, denotando una triste gestión artística. Y en el balance de la creación, era más la amargura soportada, en largas pausas de niebla, que el alumbrado goce creador, en la entrega de dones interiores.

Figari aparece mostrando un proceso de creación tan raro, que solo encuentra un paralelo en la geografía artística —para el juicio exacto de Coulture— al lado de la fecundidad hispánica de Lope de Vega. El pintor que en el dormido, empieza a dar su obra, bañado totalmente en sus fuentes inspiradoras, en toda libertad de expresión, sin preceptos ni fórmulas, con ese su chorrear perpetuo de emociones, vueeltas imágenes vivas. Antes de frisar en sus sesenta años, muchos ensayos había escondido, no queriendo presentarse nunca como pintor. El aleccionaba a los otros pintores que se acercaban a su rueda; él los orientaba y los incitaba a trabajar en sus talleres, donde de descanso realizaba a hurtadillas, sus calladas experiencias.

Eso fué durante muchos años, mezclando su frágil creación artística con la red complicada y espesa de su vida prisionera de tantas y tantas preocupaciones cotidianas. Pero después llegó la hora del milagro. Después llegó la hora de salvar del naufragio su vida amenazada de caer en el desaliento. Fué entonces, cuando arrancado de la Escuela Industrial —que él había levantado de la modorra burocrática transformándola en vivo taller— arrió sus naves en tierra al puerto hospitalario de Buenos Aires. Allí dio el primer paso iluminado, a la creación total. Entonces, sí, supo cuál era su nuevo y alto destino en la vida. Y tomándolo con manos, que parecían de viril adolescente, se entregó a su obra, que surgió en viva fecundidad, en el dulce remanso de su resguardada añiciencia.

Empezó su nueva vida de creador alucinado, viviendo casi como si estuviera suspenso sobre las cosas terrenas. En un juego lírico, en perpetuo desborde, cantó todos sus cantos. No todos de la misma altura, pero todos nacidos de ese ámbito de inspiración y de goce que caracterizó su obra. Húmeda inspiración, que mantiene vivos sus encantamientos emocionales, para nue-

tros ojos, en el azoro de su inagotable tesoro de sueños.

Se pensará ahora, que si perseguimos las lecciones de Figari, no podemos colocar éstas, su alucinada faena de incansable jornalero del sueño, como un ejemplo o una enseñanza. El fué lo extraordinario, lo inesperado, lo excepcional. Pero sí, dentro de los límites humanos, que no pueden violarse, encontramos la enseñanza en Figari en la humildad de su propósito y en la alegría de su dádiva.

La humildad del propósito, ya lo dijimos, está en que solo quiso ser cronista —más o menos fidedigno— de cosas y hechos que él había visto. Un cronista que utilizara para expresarse sus recursos de pintor, que él conceptuaba endebles. En cambio, el propósito quedó siempre vencido, por la sustancia lírica de su pintura, que fué ante todo y por sobre todo, pintura. Y en último término, crónica.

Y la alegría de su dádiva reside en la forma espontánea, gozosa, en que se volcó a su encontrado destino, sin ataduras ni trabas de escuelas o doctrinas estéticas. Quiso hablar claro, y que se oyeran las palabras. Él mismo habló en un diálogo divino con sus recuerdos que iban surgiendo, difanos y cristalinos, como si la ceniza del olvido no los hubiera velado.

Esa lección de Figari, que descen-tramos de su cosecha de belleza, es la misma que él tanto predicara y que se volvió lección viva con su propio ejemplo. La lección que fuerza a alma cenar conocimientos, enseñanzas, experiencias en la propia vida. La de juntar mucha "vida vivida". La de dejar, después, que todo ese impalpable causal, se vaya talando en la vida cotidiana. La de esperar para dar la propia obra en el momento propicio y madurado. Y darla entonces, con plena libertad, sin ninguna atadura, en la infancia del goce creador, como obedeciendo a un ignorado mandato.

No da más la palabra a través de una línea, de una manera, de una consigna, sino a través de uno mismo. Y dejarla surgir para que sea recibida también en claridad y goce por los que viven en la ansiedad del arte. Mensaje de luz, para horadar la tela de los días.